

Lo que cada generación le está diciendo al futuro (aunque no lo admita).

Reporte elaborado por Álvaro Quiñones Aguilar

Director de Decide Market Research

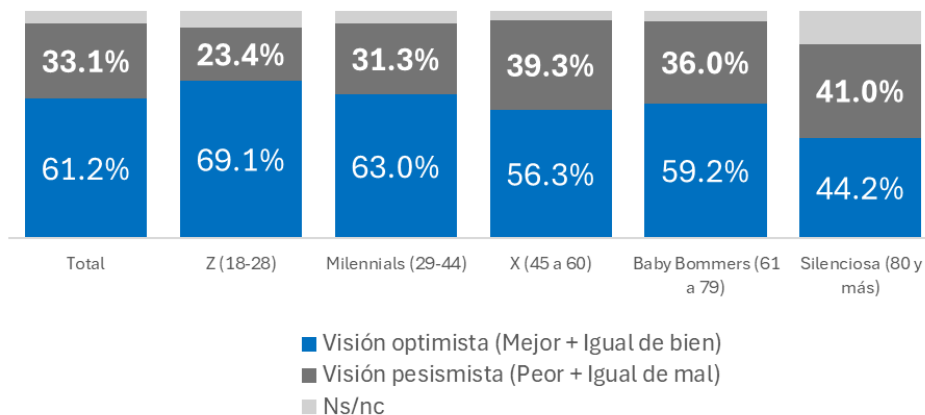
Preguntar si nuestros hijos vivirán mejor que nosotros parece una pregunta económica. No lo es. Es una pregunta emocional. Y eso se nota cuando uno mira con calma los datos que arroja el Barómetro Mérida de Decide Market Research. En Mérida, esa pregunta deja algo incómodo al descubierto: el optimismo existe, pero ya no es inocente. Conviene decirlo desde el inicio, para no engañarnos: somos más los que miramos el espejo con optimismo. De acuerdo con el Barómetro, 61.2% de la población cree que las nuevas generaciones vivirán mejor o igual de bien. Es mayoría. Es real. Pero no es aplastante. Porque, al mismo tiempo, 33.1% piensa que vivirán peor o igual de mal. Y cuando una de cada tres personas duda del futuro de sus hijos, la duda deja de ser anecdótica.

Respuesta	Total	Gen Z (18-28)	Millennials (29-44)	Gen X (45-60)	Baby Boomers (61-79)	Silenciosa (80+)
Mejor	31.3%	35.4%	27.2%	33.8%	33.1%	15.0%
Igual de bien	30.0%	33.7%	35.8%	22.6%	26.1%	29.2%
Igual de mal	8.5%	10.3%	5.1%	11.9%	7.8%	12.4%
Peor	24.6%	13.1%	26.2%	27.4%	28.1%	28.6%
Ns/Nc	5.6%	7.5%	5.7%	4.3%	4.8%	14.8%

Entre los más jóvenes, la esperanza sigue siendo el punto de partida. La Generación Z es la más optimista: 69.1% cree que el futuro será mejor o igual de bueno. A esa edad, el porvenir todavía se imagina como una promesa abierta. Algunos dirán que es soberbia juvenil, quizás sí, quizás no, Mas bien es una intuición que aún no ha sido castigada por la realidad, es fe. Con esa fe que solo se tiene antes de pagar la

primera renta, antes de entender el recibo de la luz, antes de darse cuenta de que el “trabaja en lo que te gusta” suele venir sin prestaciones. Creen, porque todavía pueden hacerlo. No es ingenuidad: es supervivencia emocional. A los veinte años, desconfiar del futuro sería una crueldad innecesaria.

¿Cree que sus hijos (o las nuevas generaciones) vivirán mejor, igual o peor que usted en Mérida en los próximos años?



Los millennials ya no creen tanto: calculan. No niegan el futuro, pero le ponen asteriscos. Responden “igual de bien” con el mismo tono con el que uno dice “ahí la llevamos”. Son la generación que, de acuerdo con los datos del Barómetro, empezó creyendo y hoy mide: el ingreso contra el costo de vida, el esfuerzo contra el resultado, la promesa contra la experiencia. No niegan el futuro, pero le ponen asteriscos. El 35.8% responde “igual de bien” con el mismo tono con el que uno dice “ahí la llevamos”. Son la generación que entendió que esforzarse no siempre alcanza, que cumplir reglas no garantiza estabilidad y que la promesa de “si estudias te va a ir mejor” venía sin letra chiquita, pero venía incompleta. No están enojados; comienzan a estar cansados.

En la Generación X, la fractura es más evidente. Solo 56.3% conserva una visión optimista, mientras 39.3% anticipa un futuro peor para sus hijos. Aquí no hay

ingenuidad ni nostalgia fácil: hay memoria económica. Son datos que hablan de comparación vivida, no de percepciones abstractas.

Los baby boomers todavía sostienen una cierta fe institucional (59.2% optimista), pero el pesimismo ya alcanza al 36.0%. La confianza existe, aunque ya no es ciega. Aparece acompañada de una pregunta que el Barómetro deja clara, aunque nadie la formule en voz alta: *¿realmente estamos dejando algo mejor?*

Y luego está la Generación Silenciosa, donde el optimismo y el pesimismo prácticamente empatan (44.2% vs. 41.0%). No es desánimo: es experiencia. Es haber visto ciclos completos. Es saber, como muestran los datos, que el progreso no es lineal y que las ciudades también pueden retroceder sin darse cuenta.

En conjunto, el patrón que revela el Barómetro Mérida es tan claro como incómodo: a mayor edad, menor fe en el futuro. No porque los jóvenes estén equivocados, sino porque el tiempo va ajustando expectativas. Mérida sigue siendo querida, pero ya no es incuestionable. Sigue siendo estable, pero ya no es automáticamente prometedora.

Hay un último dato que termina de cerrar la escena. Solo 31.3% cree que las nuevas generaciones vivirán mejor. Frente a eso, 24.6% cree que vivirán peor y 30.0% que vivirán igual de bien. El imaginario colectivo que dibujan estos datos no es el del gran salto hacia adelante, sino el del equilibrio frágil: sostener lo logrado, evitar la caída, administrar el futuro con cuidado.

Mérida no está perdiendo la esperanza. Está perdiendo la certeza. El futuro dejó de ser un regalo heredado y se convirtió en una pregunta abierta. Y cuando una sociedad empieza a preguntarse seriamente por el destino de sus hijos, algo profundo ya está cambiando.